

bitácora latinoamericana

Conversaciones

con

Cortázar (I)

por Miguel DONOSO PAREJA

A la altura de la quinta entrevista, Cortázar (Julio) le contesta a Ernesto González Bermejo (el entrevistador, de nacionalidad uruguaya) que él cree "que hay dos maneras de entender el lenguaje: está el lenguaje de tipo libresco, el lenguaje por el lenguaje mismo, que a mí no me merece ningún respeto (...) El lenguaje que cuenta para mí es el que abre ventanas en la realidad; una permanente apertura de huecos en la pared del hombre, que nos separa de nosotros mismos y de los demás".

Esta ubicación clara, nitida junto a la literatura "contaminada", "ideológica" como le dice no recuerdo quién, obedece a un proceso que en *Conversaciones con Cortázar* (Editorial Hermes, México, D.F., 1978), de Ernesto González Bermejo, se marca así: 1. Una etapa de profundo aislamiento en Argentina ("un poco por razones de defensa propia, de protección de una soledad que cultivaba con fines culturales, para tener más tiempo para leer, para mis proyectos de escritor") 2. Otra de contacto individual con el prójimo, de apertura desde sí mismo a los demás, producida por la agudización de la soledad y, simultáneamente, la intensidad de la vida en París; y 3. Una más de reconocimiento del mundo y del hombre como un hecho colectivo e histórico, provocada por su contacto con la revolución cubana ("lo que me despertó a mí a la realidad latinoamericana fue Cuba"). El mismo Cortázar habla de esta vitalización de sus relaciones con el mundo. Dice: "Ese proceso que, en un plano más privado se había iniciado aquí en París (...), esa especie de descubrimiento del prójimo y, por extensión, descubrimiento de una humanidad humillada, ofendida, alienada, ese abrirme de pronto a una serie de cosas que para mí hasta entonces no habían pasado de ser simples telegramas de prensa; la guerra de Vietnam, el Tercer Mundo, y que me había conducido a una especie de indig-

nacion meramente intelectual, sin ninguna consecuencia práctica, desemboca en un momento dado en un decirme: 'bueno, hay que hacer algo', y tratar de hacerlo".

De allí, Cortázar describe su actividad específicamente política (junto a Cuba, con la Unidad Popular en Chile, en el Tribunal Russell, en la resistencia argentina, etcétera), y, tras subrayar que la literatura y la política son actividades separadas, autónomas, con su propia especificidad, lo que no significa que no puedan contenerse ("Aun cuando hago literatura con contenido político —como en el *Libro de Manuel*—, estoy haciendo literatura"), manifiesta lo siguiente: "Creo que en la literatura latinoamericana hay una de las mejores esperanzas revolucionarias —aunque haya libros que no tengan aparentemente nada de revolucionarios— porque un continente que es capaz de expresarse en el plano literario como lo está haciendo América Latina, no puede sino hacerlo también en un plano de reivindicación total, de soberanía total" (el subrayado es mío).

Esto sitúa a la literatura exactamente en su papel, en sus limitaciones, pero la destaca como un "indicador" de las potencialidades de cambio ("El socialismo, en el plano político, es una respuesta: la tentativa de cambiar la vida. El creador, en el plano estético, en el plano literario, da también su respuesta: la tentativa de cambiar la vida. El creador, en el plano estético, en el plano literario, da también su respuesta"). Al mismo tiempo, Cortázar jerarquiza cuando nos habla de la "actitud crítica que debe tener un escritor", incluso "en la mejor de las sociedades socialistas", y vuelve a ser "impuro", "contaminado", al señalar que en el socialismo "el escritor conciente tiene que saber muy bien, antes de hablar, hasta qué punto su crítica puede ser constructiva o negativa. Eso no significa callar cobardemente, sino comprender la diferencia entre tiempo y destiempo, y acatarla revolucionariamente".